

Y AHORA ¿QUIEN LEE LITERATURA?

Patricia Rey Romero*

«Quizá no hubo días en nuestra infancia más plenamente vividos que aquellos que creímos dejar sin vivirlos, aquellos que pasamos con un libro favorito»

MARCEL PROUST

** Magister en Literatura
Pontificia Universidad Javeriana*

La preocupación diaria de todos los profesores, tanto del área escolar como de la universitaria, es la falta de interés en la lectura por parte de sus alumnos. Se escuchan cada vez más, voces preocupadas ante la escasa o poquísima respuesta para la actividad de leer. ¿Qué diremos entonces del común de la gente, esa población que no se encuentra en ambientes en los cuales la lectura sea una actividad «obligatoria» o usual? ¿Para quién se escribe? Sería una pregunta válida para todos los autores, incluso para aquellos que han conquistado la «fama», ya que el reducido número de lectores, deja ver a las claras que los grandes tirajes no se agotan (con contadísimas excepciones), y que los libros de literatura mueren de sed en los estantes de las librerías y bibliotecas.

Si comparáramos la cantidad de almacenes de música, con la de las librerías, sería evidente que la segunda no llega ni a un diez por ciento. Esta poca difusión, sin lugar a dudas, debe responder a las manifestaciones propias de una cultura que aprende por otras vías y se recrea desde otros parámetros.

Los lectores adultos, parece que derivan su afición por la lectura, de un medio familiar que la ha fomentado, y de carreras de Ciencias Humanas que los han formado para tal actividad. En cambio, la mayoría de los jóvenes buscan otros caminos diferentes para adquirir conocimiento. Ya se ha hablado mucho de la influencia de los medios de comunicación en la formación de niños, adolescentes, y adultos jóvenes; se ha mencionado la facilidad con la que se aprende por medio de los audiovisuales, además de lo «agradable» de este tipo de enseñanza; una cita de Lázaro Carreter nos describe claramente, cómo aprenden nuestros jóvenes :

El avance de los medios audiovisuales parece incontenible. La juventud habita un mundo máximamente sonoro, sus locales de esparcimiento son cubículos de ruido, en sus cuartos reina la estereofonía, y hasta su ambular se acompaña de auriculares. El trabajo apenas se concibe sin un fondo de música, y ni siquiera, se asiste en silencio a la lectura o al estudio. Incluso los estudiantes de Literatura suelen estar más familiarizados con estilos y nombres de cantantes, orquestas, actores y directores de cine, que con las obras escritas que no constituyen su obligación escolar.¹

No se niega la importancia de estos medios que educan en una forma integral: hablan a los ojos y a los oídos, ni su influencia. Se trata de recuperar un objeto de gran valor para el hombre: el libro.

El libro tiene su antecedente prehistórico en los primeros conjuntos de pensamientos ordenados y estructurados, transmitidos oralmente. Dichas manifestaciones de la necesidad de comunicación del hombre son anteriores a la escritura y se expresaron en forma de poemas o frases con medida rítmica, e incluso rima en algunos casos, lo que facilitaba su memorización y posterior transmisión oral.

Así fue como el lenguaje poético dio forma a todo cuanto se consideraba digno de preservarse como legado cultural: leyes civiles, normas religiosas, mitos y leyendas, poemas heroicos, etc., documentos que ahora nos sirven como testimonio de las preocupaciones, ideas y concepciones humanas en un tiempo determinado, dentro de diversas situaciones sociales.²

La lectura, como esa actividad que permite el reencuentro con nuestros diferentes sueños, que facilita la reflexión y sustenta el diálogo. La infinidad de héroes y villanos, de mundos reales o inventados, de ilusiones, sonrisas, de abundantes lágrimas; todos ellos, emergiendo triunfantes o derrotados de unas páginas escritas por alguien que soñó, amó, conoció, descubrió o investigó. Así, llevan a sentir no solamente viendo u oyendo, también oliendo, tocando y gustando. Todas las sensaciones posibles, se hacen más ricas a través de una descripción literaria: se puede crear un ambiente, fabricar imágenes, inventar colores, pintar sonidos, descubrir mensajes, plantear soluciones; en una palabra, se puede tener una vivencia amplia y profunda. Cada página leída es la inmersión en un terreno desconocido, en un lenguaje, en una manera de ver y de decir.

¿Por qué negarse tal riqueza? ¿No es acaso el libro nuestro confidente más cierto? ¿Nuestro maestro más próximo? ¿No reinventa cada frase nuestra ilusión más duradera? Tal vez, la falta de reflexión, de interés por

¹ LAZARO CARRETER, Fernando: «Entre dos galaxias: Cultura del libro y cultura audiovisual» en: La Cultura del Libro, Fundación Germán Sánchez, Madrid, 1983. Pág. 15.

² LEON, Jorge E.: El libro. Trillas, México, 1987. Pág. 14.

el interior del hombre, la total ausencia de encanto en una vida rápida, violenta, obvia y pragmática, sean algunos de los factores que hacen que la mayoría de nuestra población no lea. Además, los amores momentáneos y utilitaristas, el vértigo de un mundo totalmente erotizado, de los hombres y las mujeres objeto, del consumismo veloz y el liberalismo bárbaro, le han quitado su lugar a la ilusión o a la misma realidad. Tal vez lo evidente esté tan lejos como lo más lejano, por eso, ni siquiera textos contemporáneos han logrado enclavarse con el ímpetu de un grupo musical o una «vedette» desnuda. El facilismo, la comida al instante, y el amor relámpago se hermanan mucho más con la televisión o los videos, y aunque se hacen obras de cine basándose en textos literarios, son muy pocos aquellos que han tenido su lugar preponderante como literatura.

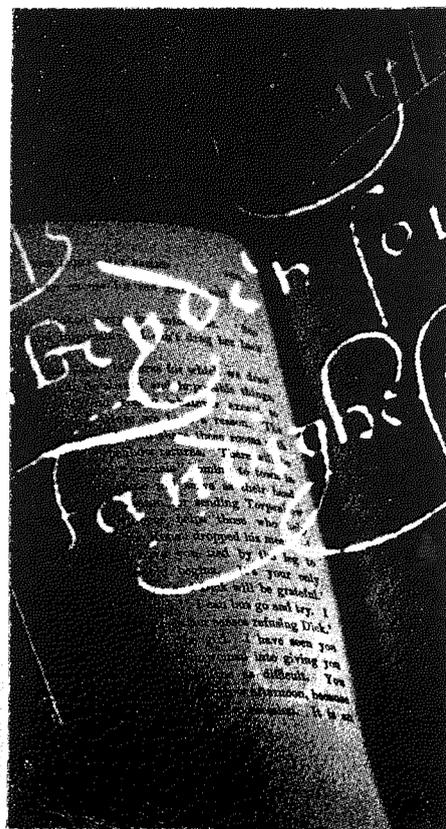
El poco o ningún interés despertado en los alumnos por la lectura, proviene, o de la misma ignorancia del maestro al respecto, o de «métodos de análisis» de los textos, completamente mecánicos, en los cuales los lectores tienen que dar cuenta de un sin número de detalles, como los personajes, el espacio, el nudo, la trama, y el desenlace, pero sin conectarlos con la visión orgánica del texto, sin que se pregunte por las impresiones que causó en el lector, por cómo lo hizo sentir, cómo lo afectó, qué le dijo íntimamente, qué relaciones tiene consigo mismo.

Pero lo importante no es que el texto se conserve en la memoria sino que nutra indefinidamente la reflexión y la meditación. Del texto es posible extraer una con-

cepción del mundo y una norma de vida, una ética individual y colectiva, un derecho y una política. Para ello hay que meditarlo y analizarlo continuamente sin llegar a agotar nunca su profundidad.... ...La educación en Grecia durante muchos siglos se basó exclusivamente en los textos homéricos. Y la renovación educativa renacentista se basó en gran parte en una lectura directa y atenta de los textos clásicos con todo lo que ello implicaba. Y todavía hoy, cuando parece que estamos lejos de esa actitud reverencial ante el texto, ¿qué otra manera tenemos de enfrentarnos con la obra literaria que no sea su lectura atenta, indefinidamente recomenzada? Y no sólo la obra literaria. Todo texto histórico, e incluso todo texto científico, en la medida en que es histórico, permite una lectura de este tipo y permite una profundización indefinida en su interpretación. Cada nueva lectura de Hegel, o de Marx o de Freud o de cualquier autor convertido en clásico, descubre nuevos matices, permite establecer nuevas relaciones, inspira nuevas reflexiones³

³ SIGUÁN, Miguel: «El libro en la educación» en: La Cultura del libro, Fundación Germán Sánchez, Madrid, 1983. Pág. 160.

Una lectura para llenar cuestionarios, corta de tajo la naturaleza misma del texto: la vida, que principalmente, debe contactarse con la vida del lector, arañar su personalidad, cuestionar su manera de vivir, sus valores, sus esquemas. Un escrito literario, sea novela, cuento, poesía, ensayo o cualquier otro, es una conformación orgánica con una estructura y unas características vitales.



La obra de arte es un espacio vivo de expresión, la manifestación plena de un ser humano por medio de lenguajes y criterios estéticos específicos; así, el texto literario refleja un mundo, sustenta una concepción específica respecto al tema particular que trata, utiliza una manera de decir, se ciñe a un lenguaje; por lo tanto presenta una visión del mundo con la cual hay que combatir o aliarse, exigiendo de quien lee una respuesta activa, no una cuenta de referencias técnicas que pueden ser útiles para los críticos o estudiosos, pero no para el lector que busca sumergirse en el texto con la delicia o el desagrado «agradable» que puede causar su contacto con las propias verdades.

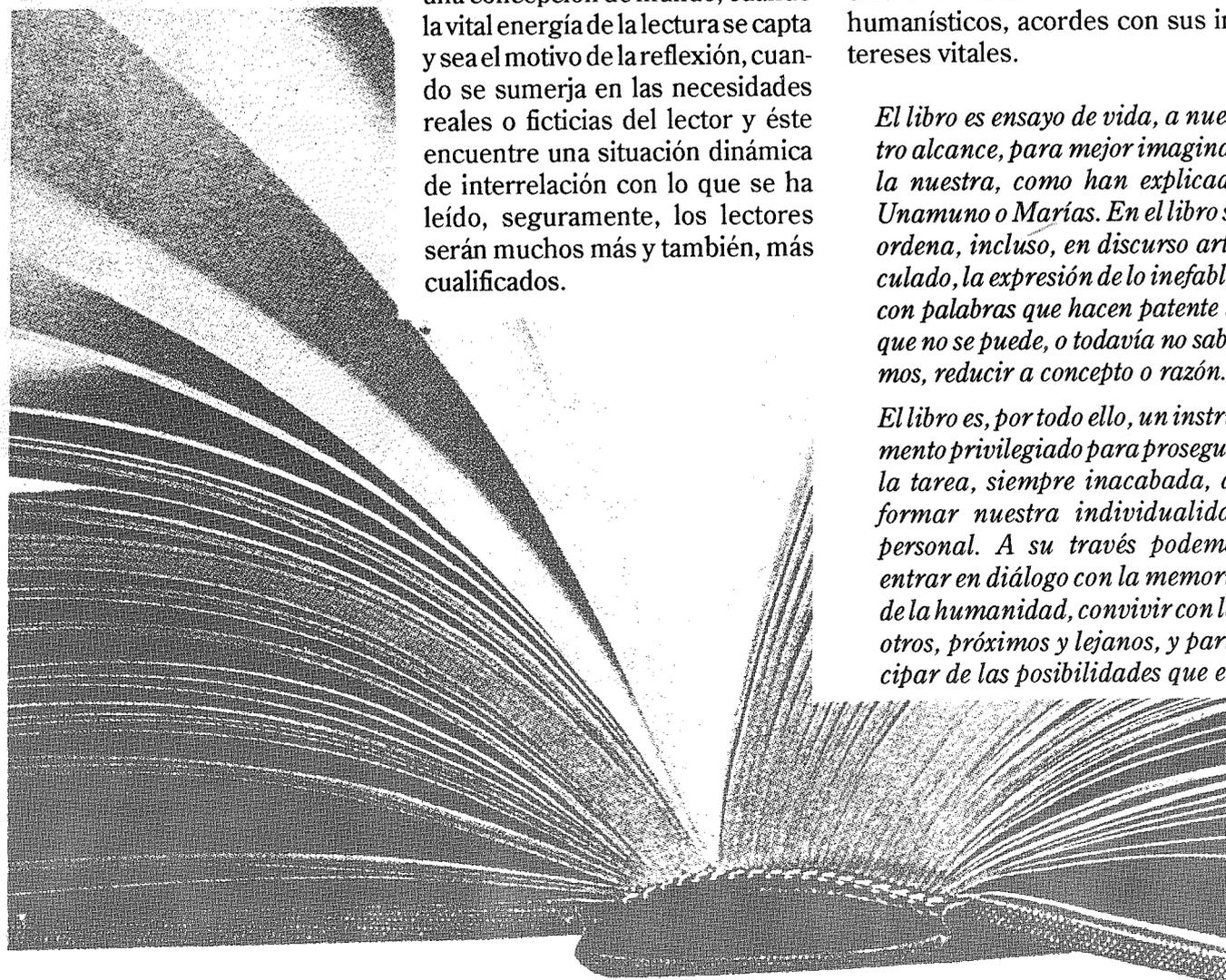
Un texto, para un lector infantil, adolescente o adulto, debe ser la posibilidad de conocer, de establecer contactos, de mirar otro mundo que lo enriquezca y lo seduzca o le cuestione profundamente. Las obras literarias son muchas, muy variadas, y se enfrentarán a personas que tal vez se acerquen a ella con reticencia (especialmente en el ambiente escolar), por la obligación de hacer la tarea; peor todavía, puede ser que compren los resúmenes que circulan y poder evitar de esta manera la «tediosa labor de la lectura».

Posiblemente, si se cambia el método de trabajo en el aula de clase, sería factible que se aumente el número de lectores; cuando se evidencian las relaciones del texto con una concepción de mundo, cuando la vital energía de la lectura se capta y sea el motivo de la reflexión, cuando se sumerja en las necesidades reales o ficticias del lector y éste encuentre una situación dinámica de interrelación con lo que se ha leído, seguramente, los lectores serán muchos más y también, más cualificados.

Mientras la lectura perpetúe el sistema de pasividad e indefensión de quien lee, tal como el de nuestro ciudadano común, adiestrado para tragar entero en un sistema de consumo irrefenable, en el que los parámetros de valía están sustentados por la capacidad adquisitiva que se ostenta, y no por la posibilidad interpersonal de crear o asombrarse, de amar o creer en otros fundamentos para las sociedades humanas, en el cual, las respuestas ya no estén prefabricadas y la capacidad de pensar diferente no sea sinónimo de desadaptación o marginalidad; hasta entonces no será posible la consecución ni de nuevos lectores, ni tampoco de individuos capaces de proponer otros parámetros para la convivencia y la existencia en medio de valores más humanísticos, acordes con sus intereses vitales.

El libro es ensayo de vida, a nuestro alcance, para mejor imaginar la nuestra, como han explicado Unamuno o Marías. En el libro se ordena, incluso, en discurso articulado, la expresión de lo inefable, con palabras que hacen patente lo que no se puede, o todavía no sabemos, reducir a concepto o razón.

El libro es, por todo ello, un instrumento privilegiado para proseguir la tarea, siempre inacabada, de formar nuestra individualidad personal. A su través podemos entrar en diálogo con la memoria de la humanidad, convivir con los otros, próximos y lejanos, y participar de las posibilidades que en-



*tre todos han logrado, para que cada uno pueda más plenamente encontrarse y apropiarse el mundo en que los hombres viven, las obras que en el mundo hacen, los componentes y mecanismos de su acción, su misma individualidad biopsíquica y la conciencia de su interdependencia y solidaridad.*⁴

El narrador, el poeta; en una palabra, el artista, establece una relación con el mundo, que generalmente, le permite ser más libre que el común de la población, respecto a ciertos valores y esquemas de vida, en relación con la capacidad de fantasear y crear nuevas realidades. Podría decirse que su mundo es más flexible y por lo tanto se hace a la imagen del hombre, no éste en función de unos esquemas externos a él, los cuales se han adoptado en la sociedad, más por intereses de lucro o para mantener situaciones de privilegio de un grupo minoritario frente a los demás, que porque sean respuesta a las verdaderas necesidades de los seres humanos.

Una sociedad consumista y clasista, solamente puede buscar la producción de individuos inermes a propuestas que se salgan de esquemas, que por tal razón, no les brinda situaciones en las cuales ellos sean capaces de proponer otros ángulos de visión, de interrelacionarse, de comunicarse; en una palabra, de establecer una nueva manera de ser. De esta forma, una educación que imita los esquemas de la sociedad en la cual se da, no puede producir maestros que motiven a sus alumnos a partir de propuestas intelectuales y afectivas que modifiquen el sistema.

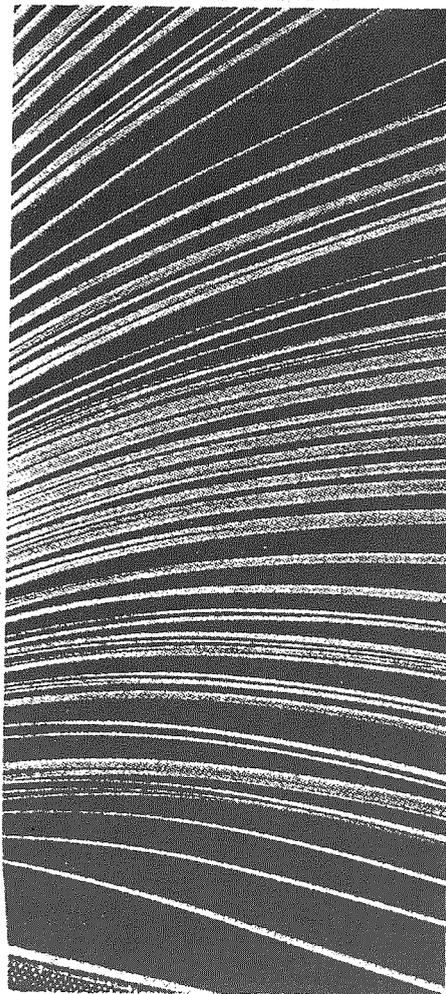
⁴ YELA, Mariano: «El libro y la formación de la individualidad» en *La Cultura del Libro*, Fundación Germán Sánchez, Madrid, 1983. Pág. 114.

Aunque una gran parte de los profesores de Literatura, busca una labor pedagógica democrática, en la cual no ganen el autoritarismo y la calificación, y leer sea una actividad creativa y placentera, todavía subsisten aquellos que en aras de una análisis «correcto», mutilan o asesinan el texto, al mismo tiempo que castran las posibilidades de expresión y de confrontación personal de la obra literaria con quien lee.

Cada manifestación, cada expresión, cada sugerencia que la obra haga, será captada de manera diversa. Ante la descripción de un paisaje, de un personaje, de una acción; los lectores tendrán diferentes reacciones, verán los colores, los sonidos y las formas desde su propia musicalidad, desde su arco iris particular, interpretarán a partir de sus aristas ¿Entonces por qué pretender respuestas únicas? ¿Con qué criterio se homogenizan las expresiones? ¿Por qué todos tenemos que ver lo mismo en cada texto leído? ¿Es en realidad la apreciación del profesor la más valiosa, única y cierta?

Ante estas preguntas pareciera que la respuesta fuera obvia: porque somos hijos de la masificación, ella tiene que manifestarse en todas las dimensiones de nuestra vida. Como docentes, como lectores, como padres, es más fácil seguir la corriente y no alterar los pilares que sostienen una existencia vacía, apática, repetidora y agonizante. Por eso, se prefiere una televisión llena de noveluchas y programejos comerciales que alientan la carcajada burda y alimentan el gusto ramplón, o el cine de propuestas evidentes y violencia gastada, que la lectura de una obra que nos interrogue y ponga en tela de juicio los parámetros interiorizados por influencia del medio. También, debido a lo anterior,

laya nombradísima «dificultad» que entraña la lectura, se evade y es cambiada por otra actividad en la que no sea necesario poner casi nada de parte de quien la realiza. Leer, conlleva una concepción dinámica y creadora del mundo, posibilita el establecimiento de una relación directa con el escritor, en la cual, no es solamente el autor el personaje que expresa, sino es allí en donde, el lector puede preguntar, refutar, aceptar o disentir. La lectura motiva la capacidad de ampliar puntos cardinales y coordenadas de acción, permite la vivencia de sueños y la identificación con ideales; además, entretiene, acompaña, sumerge en mundos a partir de los cuales se pueden profundizar teorías, creencias, alentar esperanzas y compartir desvelos.





Dados los altos costos de los libros y, ante los escasos recursos de la mayoría de la población, que apenas si alcanzan para satisfacer sus necesidades elementales, en un país en donde la pobreza absoluta se incrementa vertiginosamente, la cantidad de personas susceptible de establecer relaciones de afinidad con los libros es mínima. Aunque hay estudiantes y personas con inquietudes intelectuales en todos los diferentes estratos sociales, la posibilidad de crear un vínculo real y duradero con la lectura se dificulta cada vez más.

Sin embargo, dentro de este pequeño rango, a través del ejercicio de una lectura dinámica en los colegios y universidades, en la cual el lector se manifieste, se ubique y responda al texto leído desde sus parámetros de vida, desde su experiencia, desde sus conocimientos, es posible lograr establecer una relación de doble vía, que haga del lector un receptor activo y pueda expresarse frente al autor que habla, al mundo que él plantea.

Está en manos de los profesores de todo nivel y de los padres de familia, la lucha por buscar el incremento de la lectura, como una de las vías para mejorar la calidad de la educación y por lo tanto el nivel intelectual y creativo del país. Solamente en una sociedad en la cual se cultiva la lectura, como una de las maneras de convivir con el Arte,

será posible lograr individuos más estructurados para enfrentar la creciente violencia, la intolerancia, la falta de solidaridad y de respeto.

El cuestionamiento de un sistema solamente se hace productivo, cuando existen propuestas, cuando se presentan alternativas a las problemáticas observadas; y ellas solamente surgen del pensamiento de quienes critican, analizan y responden a partir de criterios adquiridos en su formación. Dentro de ésta, figura la lectura como algo mucho más efectivo que un mero pasatiempo intelectual.

En la búsqueda de ciudadanos más críticos y en la formación de un país diferente, es necesario que se integren todos los estamentos de la nación, y principalmente él de los educadores. Solamente, con la convicción de la necesidad de los cambios, el ejercicio del profesor de Literatura será fructífero y benéfico para incentivar el amor a la lectura, a partir de un nueva manera de abordar, estudiar y confrontar los textos. En esta forma, las eternas listas de títulos de obras y su autor, las secuencias muertas de nombres, fechas y estilos, los análisis mutilantes y las columnas de datos, desaparecerán de los objetivos del docente, para dar paso a las repercusiones de la obra en el espíritu del lector, en las preguntas que le suscite y en las respuestas que le proponga.

BIBLIOGRAFÍA

REYES, Alfonso: *La Experiencia Literaria*. Fondo de Cultura Económica Bogotá, 1993.

PROUST, Marcel: *Sobre la Lectura*. Pretextos, Valencia, 1989.

LEON, Jorge : *El libro*. Trillas, México, 1987.

LAZARO CARRETER y otros: *La Cultura del Libro*. Fund. Germán Sánchez. Madrid, 1983.